

# LA VIDA DE LA INTELIGENCIA Y DE LA SOCIEDAD

por JOSE MEDINA ECHAVARRIA

El título puesto a un ensayo casi nunca puede sugerir de una manera cabal el contenido de lo que se pretende. Me propongo examinar si existen formas de vida intelectual más o menos relacionadas con la posición que en una sociedad ocupen sus representantes. Claro es que de modo esquemático y sabiendo de antemano que las simplificaciones a que se está expuesto sólo son aceptables si se las toma a la par como elementos de una hipótesis y como fatalidades de una expresión concentrada. El tema forma parte de lo que se conoce académicamente como sociología del conocimiento o del saber. Y por ello podría sospecharse que al intentarlo bosquejar aquí no hago sino obedecer a los dictados de una moda. Es sin duda cierto que me encuentro sometido, como cualquiera otro, a la presión de las corrientes de la edad y al influjo de lo que parecen preocupaciones intelectuales típicas de nuestro tiempo. Preocupaciones que son comunes, desde luego, en la medida en que circunstancias semejantes las suscitan. Mas este asunto en torno a la vida intelectual me ha venido acuciando de un modo particular en virtud de experiencias personales, que si no son raras en nuestros días, dentro de los horizontes limitados de una vida individual pueden valer como una revelación. Me refiero a las experiencias que constituyen la trama cotidiana del vivir para un intelectual en la emigración. Pues ésta significa, cuando es suficientemente prolongada, la pérdida de toda participación en los asuntos inmediatos y concretos de la comunidad originaria. Ahora bien, dado que la posible vinculación en otra comu-

nidad es, en el caso más favorable, un proceso lento y en ciertos aspectos algo incluso vedado de modo explícito por la ley y las convenciones, tiende a abrirse fatalmente un vacío en toda existencia individual, que se percibe más o menos según las condiciones en que transcurra. Con la emigración han desaparecido amistades, apoyos familiares, arraigos locales, asociaciones de profesión y recreo, perspectiva de carrera y ascenso y no menos intereses políticos concretos, alimentados y modificados día a día. El sentido, en una palabra, de la continuidad y del desarrollo. En esto se encuentra la clave de muchos fenómenos de toda emigración que no han sido examinados como merecen. Mas lo que ahora me interesa es en qué forma puede traducirse esa experiencia de vacío en la conciencia de un intelectual, de una persona manteniéndose de modo exclusivo por el ejercicio de su inteligencia y sin los efectos compensatorios que tiene el hombre entregado al tipo de actividades que llamamos prácticas. No me cabe duda que estas circunstancias favorecen en todo intelectual sincero planteamientos renovados de cuál sea el sentido y función de la vida intelectual misma. Pues en ellas hay momentos en que es muy difícil evadir una pregunta y más aún contestarla adecuadamente. ¿A qué contribuyo aquí y ahora con lo que pienso y teorizo en este instante? El examen de la pregunta puede llevar a conciencia plena en qué medida la propia obra se encuentra funcionalmente desvinculada de la vida concreta de una comunidad, pero quizá ella misma no se hubiera planteado nunca de no haber sido por ciertas condiciones anormales que ponen muy de bulto los síntomas de desarraigo y oquedad. Es entonces cuando semejante vacío se percibe como uno que pertenece a la inteligencia misma, como un sin sentido del propio pensar o más exactamente como un montaje al aire del esfuerzo mental. Puede suceder que esas iluminaciones momentáneas pasen sin huella o que se las ciegue de modo voluntario porque la vida es tenaz y hay que prolongar en la inercia de lo que se es el impulso primario del mero subsistir. Pero hay algo más en esos instantes que la simple conciencia de un infortunio personal; quizá ellos nos ofrecen en forma extremada y dramática los peligros a que está expuesta normalmente toda vida intelectual. Que no son otros que los de una existencia falsificada y artificial.

En efecto, la atracción que ofrece la fisonomía del intelectual emigrado consiste en que en ella se muestran en su expresión

más clara ciertos rasgos que en nuestra sociedad suele tomar la inteligencia considerada como vocación y como manera de vivir profesionalizada. Tales rasgos integran lo que se ha llamado el tipo de la existencia vicaria. Por ella debemos entender una forma de vida en la que no se participa directamente sino de modo sustituto y ficticio en las actividades por cuya virtud se mantiene día a día una comunidad. Sus representantes no se encuentran en los puestos inmediatamente responsables del engranaje social, ni viven cara a cara muchos de los problemas cuya solución es inaplazable. Se hallan más bien a cierta distancia y conociendo de ellos sólo de un modo teórico. Es, por ejemplo, muy distinta la existencia del director responsable de una oficina para el control de precios, de la persona que, desligada de esas responsabilidades de todas las horas, se retira a su gabinete a escribir un libro sobre semejante materia. De esta suerte, el tipo de existencia sustituta o vicaria, se llama así porque sólo imaginativamente puede ponerse en la situación de otro. y por eso, aunque en ella se conocen muchas cosas y a veces de modo perfecto hay siempre la probabilidad de que la situación imaginada no corresponda con la real por no ser un saber vivido y que brote de las urgencias que plantean los problemas inmediatos. El peligro a que está expuesto este tipo de existencia es fácil de percibir. No es otro que el de un progresivo alejamiento de lo real. Cuando la vida de la inteligencia toma esta forma puede llegar el momento en que se deje de vivir propiamente. Las tendencias a la sustitución se imponen de tal manera que acaban por crear su propio medio artificioso y ficticio; mas dentro de él la vida sólo prosigue al precio de un falseamiento completo. La posible frustración de la persona que amaga en este proceso no es el único daño. Desde el punto de vista de la sociedad se produce otros efectos de gravedad no menor. Ya que esa vida intelectual falseada puede seguir influyendo en ella con orientaciones perturbadoras.

¿En qué medida se trata aquí de una perversión de la inteligencia? ¿A qué se debe este fenómeno? ¿Hasta qué punto conviene a una sociedad el mantenimiento de tales formas de vida individual? Estas cuestiones y otras semejantes son las que quisiera poder contestar, estimulado por la experiencia personal de una vida sustituta tal como la ha puesto dramáticamente de relieve el desgajamiento de una emigración. Pero para hacerlo tengo que aban-

donar por hoy la vía directa y tomar el rodeo de una investigación de carácter sociológico. Hasta ahora sólo he podido mostrarles que lo que juzgo tema de meditación urgente no es un puro reflejo libresco de doctrinas que circulan entre los muros de nuestras academias, sino expresión de necesidades enlazadas con el destino mismo de nuestras vidas, para quienes son palabra quizá desafortunada no tenemos otro remedio que llamarnos intelectuales.

En estos momentos me veo forzado a omitir la consideración de algunas cuestiones intermedias que debieran ser examinadas en circunstancias de mayor holgura. Entre ellas, naturalmente, la discusión, aunque fuera somera, de cómo se nos presenta la inteligencia desde un punto de vista general. Para nuestro criterio sociológico los tipos de inteligencia que precisa destacar por sus relaciones con la estructura social son los siguientes: la inteligencia funcional, la desvinculada u ociosa y la marginal. En este punto parece obligado una breve caracterización previa de cada una de ellas que las presente a modo de construcciones ideales. Es decir, de elaboraciones artificiales y purificadas de una realidad que apenas nunca se muestra de hecho de esa forma. Entendemos por inteligencia funcional una que se encuentra orientada y puesta en marcha por el intento de resolver una situación problemática ofrecida en el desarrollo mismo de la existencia. O sea, situaciones existencialmente dadas y que no pueden evadirse. Pero en forma más sencilla podría decirse que se trata de una inteligencia cuyo ejercicio consiste en resolver las cuestiones cotidianas del vivir, tanto individual como colectivo. Es la tarea del ingeniero que resuelve un problema de resistencia de materiales, la del padre de familia que da cima a las dificultades del sustento diario o la del hombre de Estado esforzado por obtener para su país una salida airoso en una jugada difícil del tablero internacional. Obsérvese que la clase de problemas es siempre la misma. Se ofrecen en la realidad y no pueden evadirse, pues de su resolución depende la posibilidad de seguir subsistiendo o de mejorar las condiciones en que se vive. Para el ingeniero que construye el puente una equivocación en sus cálculos no es sólo un fracaso personal, profesional, que puede costarle su prestigio y sus medios de vida, sino la frustración de una necesidad colectiva; puede tener como consecuencia, por ejemplo, determinados efectos en el abastecimiento material de una población. Este tipo de inteligencia encarna de

pleno la significación instrumental que el análisis filosófico e histórico le asigna ante la vida. Sus procedimientos más refinados y sutiles dentro de la vida contemporánea no se distinguen en nada, en este sentido, de sus más toscos ensayos en la existencia del primitivo. Como no se diferencia tampoco en la manera de su funcionamiento al resolver los problemas del artesano o los del arquitecto. Es funcional, socialmente hablando, porque su despliegue y ejercicio sirve en su conjunto a las necesidades cuya satisfacción mantiene materialmente a una sociedad. Le pertenecen por eso como notas típicas, poseer un carácter utilitario, tecnológico y racional.

Por inteligencia desvinculada o distante debe entenderse una cuyas situaciones problemáticas no representan urgencias nacidas de la vida cotidiana, sino que, más o menos relacionadas con ella, sólo se ofrecen propiamente en el plano simbólico de la cultura. No son así inaplazables, por importantes que parezcan. De su resolución no depende la continuidad de la existencia individual o social en su paso inmediato, aunque sea capaz de influir sobre sus horizontes lejanos. Para que puedan darse tales problemas se requiere un grado determinado de desarrollo en la cultura. Pues se apoyan de modo necesario en el símbolo y en la capacidad de abstracción. La situación problemática no está inmediatamente dada en los datos concretos de la experiencia, sino en su elaboración conceptual. No por eso el problema deja de existir demandando una salida, pero el acierto en ella no tiene una comprobación utilitaria ni tecnológica. Un problema de poética se ofrece ciertamente tan real como uno de carpintería, pero los efectos de su solución no son en modo alguno comparables. A veces no puede negarse que las situaciones problemáticas a que se enfrenta esta forma de ejercicio intelectual son también existenciales, pero con la diferencia de que, más que al ser de la vida, afectan a su sentido. En un problema religioso entra en juego evidentemente la vida, pero sólo por el sentido que la misma puede recibir. A la larga es capaz de modificar ésta o la otra forma concreta de existencia, con sus problemas cotidianos, pero nunca en forma directa y menos de modo deliberado.

Entendemos, por último, por inteligencia marginal una cuyas situaciones problemáticas se le ofrecen en virtud de poseer una perspectiva que no suele ser la común. Se enfrenta con cuestiones

de la existencia diaria, pero en una forma en que todavía no son percibidas por los demás. Lleva a cabo, de esta suerte, una como proyección adelantada de ciertos problemas, pero no en el medio puramente elaborado de la cultura simbólica, como lo hace la inteligencia desvinculada, sino en lo que será quizá el plano futuro de la existencia real.

Las denominaciones de que hemos hecho uso acentúan de modo querido el aspecto sociológico y por eso es posible que sólo puedan ser entendidas con plenitud cuando pongamos en conexión los tipos de inteligencia que pretenden denotar y las capas sociales que son su soporte, así como con los problemas sociales que en tal coyuntura se plantean. Esbozada de esta forma la cuestión, al sociólogo le interesan de ella dos cosas ante todo. Primero, determinar cuáles son los soportes habituales de cada uno de los tipos de inteligencia antes descritos (individuos y, mejor aún, capas sociales) y segundo, analizar cuáles son las condiciones sociales que estimulan la aparición y desarrollo de cada uno de ellos.

El soporte de la inteligencia funcional se encuentra en los individuos y capas dedicados a tareas que tienen por fin el mantenimiento de una sociedad, que contribuyen hora por hora de ese modo a su subsistencia y continuación. Este tipo de vida intelectual es la que realizan los individuos y capas socialmente "funcionales". Todos los partícipes en las actividades económicas, profesionales y políticas de esa sociedad son de modo necesario, en más o en menos, sus representantes. Cuando de ellos se trata, la inteligencia sólo actúa en el caso y en la medida en que ha de resolver los problemas que se presentan en el ejercicio de cada una de semejantes actividades; y sólo así, desde luego, pues si no, impera con general aplauso la rutina de aquel precedente consuetudinario que confirme una vez más su eficacia. En la vida social como en la individual, este tipo de inteligencia únicamente se muestra activo cuando el hábito fracasa ante las condiciones desconocidas de una nueva situación. Mientras el hábito cumple con su misión, el individuo no tiene por qué aguijonear el esfuerzo de la tensión mental. Mientras la tradición satisface con sus costumbres y sus definiciones colectivas las necesidades y los problemas cotidianos de una sociedad, no tiene ella por qué provocar el trastorno de una revisión racional de sus creencias. La inteligencia funcional es, en consecuencia, de carácter intermitente; conoce momentos de reposo y

períodos de actividad; no se goza en una excitación ininterrumpida ni menos pone en ella su afán. Por otra parte, se vierte íntegra hacia el presente; a sus portadores individuales y sociales les atrae ante todo la vida actual. Ni el pasado ni el futuro tienen valor por sí solos; únicamente se acude a ellos en la justa medida en que puedan ayudar de alguna manera a salir de las encrucijadas del presente.

Frente a esto, los representantes de la inteligencia desvinculada suelen ser los individuos y capas que se encuentran desligados de las situaciones problemáticas presentes y cotidianas. Recordemos, sin embargo, ahora que se trata de una construcción ideal y que conviene a veces, como en este momento, acentuar ciertos rasgos. No será así difícil afrontar alguna cuestión que alguien habrá ya sospechado. ¿En qué situación, se me dirá, se encuentran ciertas profesiones y faenas que son normales y necesarias en la vida de todo país? ¿Carecen de funcionalidad? Desde la perspectiva social cumplen, al contrario, una función muy definida. Por eso no debiera ser interpretada demasiado estrechamente la afirmación hecha antes de que la inteligencia funcional corresponde a las capas que sostienen y mantienen una sociedad, en el sentido de tomar en cuenta tan sólo sus aspectos materiales. En tal sostén y mantenimiento entran, al contrario, tareas de carácter espiritual. Tareas y actividades que requieren, por otra parte, para su plena fructificación, el cultivo de un tipo de inteligencia distante y desinteresada. Nos encontramos aquí, dicho en otra forma, con que a toda sociedad puede interesarle hacer funcionales especies determinadas de inteligencia desinteresada. Y hacerlo en vista, incluso, de su propia subsistencia material. Todas las actividades culturales socialmente estimuladas y protegidas tienen cabalmente este carácter. ¿Hasta qué punto la caracterización ofrecida es, pues, correcta? Ya en la elección del nombre se plantea una cuestión nada fácil. Los términos desinteresada o distante no tienen en sí la misma connotación sociológica que irradian los adjetivos elegidos para dibujar las otras clases de vida intelectual. Denotan, más bien, su contextura interna, la actitud que despliega en su experiencia. Si atendiéramos a las capas tradicionales en que históricamente ha solido encarnar, debería hablarse de una inteligencia aristocrática u ociosa. Pero también estos calificativos tienen sus inconvenientes. Una inteligencia aristocrática no siempre coincide con lo que pue-

de ser la actitud y la actividad de específicos grupos aristocráticos y tradicionales. Cabe que los mismos se muestren marcadamente funcionales, como se ha dado en efecto en ciertos países. Además, pueden ser partícipes de ella, o constituir su exclusivo soporte, individuos que en modo alguno provengan de capas históricamente privilegiadas o que en todo caso constituyan una aristocracia "in fieri". Quizá fuera menos equívoco hablar de una inteligencia ociosa, como correlato de capas sociales ociosas; con lo que tendríamos en nuestro apoyo la autoridad de un Veblen y las valiosas sugerencias que de él nos llegan acerca de peculiares manifestaciones de toda cultura. Pero volveríamos a tropezar con el problema anterior. Algunos grupos cultivadores de formas muy notorias de inteligencia ociosa, no sin gran injusticia, podrían considerarse ociosos desde el punto de vista de la utilidad social. Y por otro lado, es indudable que no pueden darse determinados desarrollos culturales de supremo valor si no se otorga a su mantenedores un privilegio mínimo de ociosidad. La creación espiritual anda casi siempre confundida con la posibilidad del ocio. No puede hablarse, por consiguiente, de una inteligencia ociosa cuando, cualquiera que sea el grado de actitud desinteresada que ofrezca y el ocio mayor o menor que exija su ejercicio, se trata de actividades que en fin de cuentas aspiran a cumplir determinadas funciones dentro de una sociedad y a tener quizá a la larga una significación práctica. La faena del profesor de metafísica en cuanto tal profesor puede tomarse como ejemplo claro de lo que aquí se pretende.

Tenemos, pues, que encontrar algunos rasgos que acentúen todavía más la significación sociológica de la especie peculiar de vida intelectual que hemos llamado ociosa o aristocrática. Es muy posible que la nota definitoria y la clave del problema se encuentren en su actividad y relaciones con lo presente y contemporáneo. La inteligencia funcional afirma, por esencia, el presente; la desvinculada suele, al contrario, negarlo o evadirlo. Se requiere, pues, para formar el tipo ideal de esta clase de inteligencia: Primero, una plena y cabal indiferencia a toda significación funcional, a todo uso práctico, próximo o remoto, de la actividad intelectual desarrollada. Una vuelta de espaldas decidida a todo lo que sean cuestiones de carácter inmediato y que muy en especial provengan de la realidad vivida como común. Segundo, el escape o la negación de la existencia presente, la desatención de lo contemporáneo. Esto



nos permite determinar cuándo y en qué medida la inteligencia ociosa funcionalizada, es decir, aquélla que se cultiva y ejerce en vista de un servicio colectivo, escapa a su verdadera misión. Tal cosa sucede evidentemente si por causa de una exagerada interpretación de lo que es en un punto de partida lícito, se acaba volviendo la espalda por completo a la realidad en torno. Por ese camino se llega, en efecto, a perder toda conexión funcional.

El soporte, por último, de la inteligencia marginal lo encontramos en aquellos individuos o capas que, por una u otra razón, no participan de modo pleno de los valores y creencias que orientan y articulan un determinado sistema social. Lo cual no significa en absoluto que dichos individuos o capas no cumplan determinadas tareas dentro de ese sistema ni menos que sean indiferentes ante las formas de la existencia actual. Acontece, más bien, todo lo contrario. Ya que de un lado sucede que los mismos perciben el sentido de las funciones que llenan en forma muy distinta de como las consideran los demás miembros de su sociedad, por encontrarse éstos totalmente conformados por ella y en tal sentido íntimamente conformes. Y por otro lado, lejos de ser indiferentes a las condiciones contemporáneas, a las formas de su presente, tienen en ellas el principal objeto de su atención y de su pasión. No afirman el presente, como ocurre en los representantes de la inteligencia funcional, pero mucho menos lo evaden, como sucede con los representantes de la inteligencia desvinculada. Antes bien, se encaran con él para alumbrar el futuro que se esconde en su seno.

Los portadores, pues, de este tipo de inteligencia son los individuos o capas que también denominamos marginales. El origen y naturaleza de esta situación no son siempre los mismos y puede presentar caracteres de permanencia o ser más o menos temporal. En cualquier caso, la marginalidad en la medida en que significa un estar fuera de algo —grupos, sistemas de creencias o formas de vida— otorga la singular ventaja de ofrecer para su contemplación puntos de vista necesariamente vedados a los que se hallan dentro. Los partícipes se encuentran, por decirlo así, encerrados dentro de su propia participación y les es muy difícil el esfuerzo imaginativo necesario para situarse fuera después de romper la propia costra. El hombre marginal es siempre, por naturaleza, un extravagante, mas en esa extravagancia, calificada así por los demás por la ausencia notoria y más o menos ofensiva de ciertos principios y maneras

comunes, tiene cabalmente su mejor apoyo para percibir muchas cosas que los prejuicios ajenos impiden ver. Gracias al hecho de que el hombre marginal no participa de determinados conceptos, se encuentra capacitado para contemplar la realidad desde ángulos distintos y con ojos diferentes. Por eso, desde el punto de vista de la cultura dominante casi nunca puede ser considerado como una inteligencia refinada; pero, en cambio, casi siempre es capaz de dar una nota de originalidad más o menos profunda. Y así como la inteligencia desvinculada, en el sentido por nosotros aceptado, ha podido ser calificada de aristocrática por ser una manifestación típica de los estratos sociales tradicionalmente privilegiados cuando los mismos no participan en la vida activa de su comunidad, la marginal ha sido denominada a su vez plebeya, en virtud de que por lo común ha encarnado históricamente en individuos salidos de la plebe, en individuos con conciencia a la par de su valor y de su postergación consciente y querida por parte de los miembros del círculo social dirigente.

Trataremos de esbozar ahora la segunda parte de esta inicial consideración. Su desarrollo no constituye más que una hipótesis que está muy lejos de poderse afirmar por el momento como rigurosamente comprobada. Representa, sin embargo, el núcleo teórico de todo lo que se ha venido exponiendo. Se trata, como sabemos, de averiguar si existen situaciones sociales que de algún modo fomentan o estimulan las maneras de existencia intelectual ya descritas. En su forma rigurosa se presenta como un problema de imputación causal. El de la determinación de aquellas características de estructura y funcionamiento que puedan ser causa o condición de la existencia o predominio de uno u otro de los mencionados tipos. Es muy posible empero que el planteamiento no pueda formularse así. Quizá el problema se reduzca a una cuestión de afinidad con menores probabilidades de prueba. Tendríamos así que determinados tipos de estructura social constituyen medios favorables de modo particular al desarrollo de formas específicas de inteligencia. Cualquiera que sea la proposición que se acepte, la teoría interpretativa que en este momento me aventuro a formular es como sigue: Todas las situaciones sociales de participación fomentan o son favorables a la inteligencia de tipo funcional; en cambio, las situaciones sociales de exclusión estimulan, según sea su tono afectivo (motivos de superioridad o inferioridad), sea la

inteligencia desvinculada (aristocrática), sea la inteligencia marginal (plebeya).

Conviene recordar a este propósito que los seres humanos tienen por lo común a la conformidad, es decir, a la aceptación del sistema social en que se nace y se continúa viviendo, y esto por motivos dobles que afectan tanto a su egoísmo como a su satisfacción interior. La aceptación de lo conocido es siempre más cómoda que el esfuerzo por alumbrar algo nuevo; como de modo ejemplar se da en el hábito, la vida se desliza en su virtud sin roces y sin sobresaltos perturbadores. Asimismo es cosa conocida que el equilibrio y sosiego de la existencia sólo se ofrecen cuando se sabe el papel que cumplimos en ella; que éste, mejor o peor, no es propio, y que de esa suerte se justifica y logra sentido el disparo y desgaste diarios de nuestras energías. Mas ambas cosas exigen formar parte de un sistema social, de una sociedad, en cuyo mantenimiento y razón de ser se participe de alguna forma. Participar de su mantenimiento significa que el individuo tiene conciencia del papel que en ella le corresponde y que mediante esa su función contribuye de modo eficaz a su desarrollo y continuidad. Y no menos también que por el cumplimiento de ese papel, se encuentra retribuido y honrado con alguna suficiencia. Participar en el sentido de un sistema social quiere decir que el individuo posee una idea más o menos cabal de lo que es esa sociedad en su conjunto y de los valores que la articulan. Y asimismo que los afirma en tal caso como los suyos propios. Se comprende fácilmente por sí, de aceptar lo expuesto, que en las situaciones sociales que favorecen y estimulan la participación al individuo, le interese más que nada hacerla efectiva y que para ello se esfuerce por poner en juego en la medida que esté a su alcance y dentro de su campo propio los resortes todos de su inteligencia. Dicho en otra forma, en las situaciones de participación los intereses de la persona se confunden con los intereses de su papel. El individuo aspira, en una palabra, a llenarlo del mejor modo posible. Se vive, en consecuencia, con plenitud dentro del presente y la atención se vuelca ante todo hacia la superación de las dificultades que surgen en el despliegue de la propia tarea.

En las situaciones sociales de **exclusión** se crean, al contrario, vacíos tanto materiales como espirituales. El individuo no encuentra a las veces el plan de su existencia dado por la sociedad y tiene

que construirse por sí mismo atendido a sus propios recursos. Sea en la ocupación material de sus horas y energías, sea en la elaboración de los valores y creencias que den sostén a su vida. La exclusión provoca, además, sentimiento de hostilidad y antipatía, susceptibles de exteriorizarse en posturas de altanería y desdén o en actitudes de resentimiento. Lo primero, típico de los individuos o capas que se saben o se creen superiores; lo segundo, peculiar de los que se sienten tratados y considerados injustamente como inferiores. No interesa por eso entregarse sin reservas a la realidad actual, sino evadirla en lo hacedero o modificarla en lo posible. La vida intelectual tiende a liberarse de todo carácter funcional y se convierte en una actividad meramente especulativa o crítica. La especulación es lo dominante cuando se trata de individuos que por su posición económica, no se encuentran forzados a ganar su sustento en tareas absorbentes.

En este momento podía plantearse, en calidad de paréntesis, una nueva cuestión que de resolverse quizá confirmara la hipótesis anterior. Se trataría de examinar si es posible descubrir relaciones entre la "anomia" y las formas de la inteligencia. Interesa saber cómo funciona la vida intelectual en sociedades en estado anómico. Por anomia, como indica su etimología, se entiende un estado o situación sin ley. E indica, cuando se aplica a una sociedad, que en la misma impera una confusión normativa y de valores mayor o menor. En una sociedad anómica no rigen normas o modelos de conducta con validez general. Pues de existir, son tan diversos y contradictorios que coliden entre sí, anulándose en la pugna por el predominio. Quiere esto decir, volviendo a la terminología hasta aquí empleada, que en las sociedades de tal carácter tiene lugar un estado de participación deteriorada o incompleta más o menos notoria e intensa. La observación y estudio de lo que ocurre con la vida intelectual en las sociedades **anómicas** cobra de esta suerte un valor de prueba. Nuestra hipótesis puede así comprobarse o desecharse de modo casi experimental. Pues las sociedades anómicas se aproximan en su funcionamiento de modo necesario a las que dejan excluidos de toda participación social de consideración a determinados grupos de individuos numéricamente importantes. Ahora bien, todo hace suponer que esta prueba corroboraría la hipótesis, pues parece confirmado que en las sociedades anómicas predominan por lo general las actitudes evasivas y críticas.

Mas, tornando ahora al hilo de nuestro discurso, precisa considerar con mayor detalle el concepto aquí mantenido de participación, por si fuera posible encontrar alguna forma concreta de ella quizá más decisiva e importante que ninguna otra. La evidencia histórica y el análisis sociológico nos muestran, en efecto, que existe una que posee sin duda ese peso mayor. Se trata de la participación política. Sin embargo, no debemos entender por ella lo que es hoy su forma de expresión más corriente. Es tan sólo una posibilidad de intervención y orientación en el destino político de todos, que a las veces puede satisfacerse con la conciencia de que en él se posee un peso propio y una significación específica que no siempre exigen ser actualizados mediante una intervención activa. La exclusión de una participación semejante es sin duda la más grave, pues por ella se priva radicalmente al individuo del sentido de la sociedad en su conjunto, de la visión totalizadora que integra y presta significado a las tareas particulares y cotidianas. Nada tiene así de extraño que la no participación, por las causas que sean, en la vida política de una comunidad constituya un fenómeno fundamental para el tema que venimos considerando. Si nos atenemos al tipo de la inteligencia desvinculada (aristocrática), ésta encuentra siempre su expresión más pura en las capas superiores de una sociedad (por educación o tradición) que no participan en su vida política, que se encuentran excluidas de toda responsabilidad en la formación del destino político común. Dicho con una expresión estéticamente desafortunada: que son capas “despolitizadas”. Y lo mismo ocurre en grado menor con las formas de la inteligencia marginal. Por eso la “despolitización” quizá sea el hecho clave para atender las conexiones de las formas de la inteligencia con la sociedad. Allí donde se muestren tendencias de inteligencia ociosa o marginal cabe sospechar que sus soportes, por una u otras razones, no participan de modo activo y cotidiano en la dirección y orientación políticas de su comunidad.

Por lo que se refiere a la inteligencia aristocrática, la prueba ha sido suministrada por Max Weber, en el ámbito de la religión, en páginas magistrales. Las formas religiosas más evasivas del mundo, más refinadamente metafísicas y más intelectuales en su elaboración, han tenido siempre como sus portadores a ciertas capas aristocrático-intelectuales despolitizadas. Pero no es esta la única manifestación. Otras semejantes podrían encontrarse en terrenos distintos de la creación cultural.

Ahora bien, este escape de las realidades presentes en las capas privadas de su función política, de los individuos y grupos despolitizados, no siempre tiene el mismo carácter. (Casi de pronto se nos interfiere aquí el tema, que hemos de dejar intacto, de las relaciones de la inteligencia con el poder). La evasión de las realidades contemporáneas, la renuncia a las actividades políticas del día o la aceptación sin violencia de su exclusión por parte de los grupos políticos activos, puede ser simplemente un medio de conservar el poder a la larga. Se trata entonces de una retención vicaria del poder o de un medio de recuperarlo en su día en mejores condiciones. El intelectual despierta siempre la sospecha de que encarna un soberbio —el asunto está hoy de moda—, de que es un hombre que esconde poderosas apetencias de mando bajo una capa de desinterés. Y se cree que envuelve su intensa voluntad de poder en las formas sutiles de la dominación a través de las ideas. Znaniecki ha visto con singular agudeza el origen de la educación —que se confunde con el momento inicial del pensamiento teórico y de la actividad especulativa— en la estratagema mediante la cual el abuelo pretende retener por medio del nieto el poder que perdiera a manos del hijo llegado el ocaso de su fuerza física. El hijo retiene el mando efectivo. Pero en los símbolos con que se nutre el nieto se prolonga una voluntad de poderío ya en la actualidad frustrado e impotente. Mas puede ocurrir también que en la huída actual se encierre un plan de conquista futura. No es otro el papel que asigna Toymbee a las minorías creadoras y fecundas en los momentos de crisis. **Withdrawal and return.** Retirarse sí, más para retornar luego con las nuevas fórmulas de vida y de continuidad.

Sin embargo, el escape puede significar asimismo una renuncia total, una retirada definitiva. Las condiciones presentes pueden parecer tan insoportables, la desesperanza ante el futuro tan completa o el asco y el desdén por los grupos activos y en el poder tan insalvable, que no se vea más salido que la evasión en cualquiera de sus variadas posibilidades. En la vida intelectual la inteligencia evasiva es la forma más extrema de la desvinculada y la más radicalmente opuesta a la práctica y funcional. Las sociedades en que florece y predomina deben sin más distinguirse cuidadosamente de aquellas otras en que una inteligencia vuelta hacia sí, ensimismada y distante, guarda en su seno la acción creadora del mañana. La distinción, sin embargo, constituye un difícilísimo

problema. Si fuera fácil sabríamos en todo momento si los síntomas que contemplamos son de decadencia irremediable o de esperanzada regeneración. Un saber de ese género sería en estos momentos un alivio que no tenemos.

El hecho de la privación política en el origen de la inteligencia marginal o plebeya es cosa tan conocida y clara que exime de más comentarios. Capas o individuos excluidos de participar en la orientación de los asuntos políticos de una sociedad, sea por causa de la estructura social o por imposibilidad personal de aceptar plenamente el sistema de valores que la mantienen, transforman su “despolitización” en una forma de inteligencia que en modo alguno es evasiva, sino decididamente crítica y aún destructora. Es una manera de participar negando, pero en cuanto tal, también desfuncionalizada. Ya vimos cuáles son las ventajas de esta posición. La liberación de los prejuicios y creencias dominantes otorga perspectivas desde las cuales descubrir facetas de la realidad ocultas para los demás de modo fatal. El problema sociológico que se ofrece en este punto reza así: ¿Qué ocurre cuando esos individuos o capas participan eventualmente del poder o lo asumen enteramente? La participación en el poder o su apoderamiento trae consigo un proceso de funcionalización inevitable, durante el cual se afirma de nuevo la “existencia presente”, si bien montada ahora sobre los nuevos prejuicios y creencias. Los individuos marginales dejan de serlo y pierden así, con lo que fue ventajosa posición para ciertas percepciones, su predominante función crítica.